

# Cuentos escuetos

Alejandro Jodorowsky (Iquique, 1929) es tan versátil, que prácticamente no existe área del acontecer artístico o cultural que no haya abordado. Ha fundado teatros, ha actuado, ha hecho cine, parece ser uno de los más grandes expertos en la lectura del tarot y últimamente, según reza la solapa de su más reciente libro, está dedicado de lleno a la literatura. Cuando abandonó este país con poco más de veinte años, al comenzar la década del cincuenta, triunfó en el extranjero dentro de ciertos circuitos como uno de los exponentes tardíos de un cine surrealista que ya se extinguía, cuyos grandes títulos fueron *Fando y Lis* y *El topo*. Habría que ver nuevamente esas películas, que se exhibieron muy a la pasada en Chile hace unos veinticinco años, para saber si aún conservan su vigencia.

Aun cuando Jodorowsky escribió su primer libro en 1963 —*Cuentos pánicos*, muy emparentados con la obra de Fernando Arrabal—, fue en 1991 cuando tuvo lugar el primer viaje a Chile de este autor, después de cerca de cuarenta años de ausencia de su país natal. En esa ocasión publicó en castellano *El loro de siete lenguas*, su primera novela.

*Sombras al mediodía* (Dolmen Ediciones, Santiago, 1995) acaba de ser editado, tiene doscientas páginas y contiene casi el mismo número de cuentos. Por decir algo muy general de este libro, puede opinarse que se trata de

narraciones tradicionales emparentadas con leyendas orientales o parábolas bíblicas. Pero, en realidad, esto es ir demasiado lejos, ya que algunos cuentos en la colección ni siquiera alcanzarían para ser descritos como meros pensamientos al azar.

*El poder*, por ejemplo, se compone de apenas diez palabras, de las cuales cinco son partículas: "Obligaba a recibir para tener la sensación de que daba". Algo parecido ocurre con *El más allá*: "De pronto, mientras pataleaba, se dio cuenta de que su ataúd era un huevo". O *La última odisea*, que expresa el siguiente concepto sublime: "Partieron en busca de la Verdad. Encontraron a quien los estaba soñando".

Escribir así no sólo es fácil. Poner palabras en las páginas impunemente tampoco es gratuito. Y agredir el sentido común del lector puede deberse a muchas causas. Intentaremos un esbozo de las más evidentes: los editores de Jodorowsky piensan que están ante un genio e imprimen todo lo que se le pasa por la cabeza. O bien este autor se da cuenta de que publicar en Chile cuesta poco y decide hacerlo cuando le da la gana. Quizás Alejandro Jodorowsky está experimentando un súbito arrebato creativo y estaremos frente a una avalancha de obras suyas. En fin, como la historia está llena de incomprendiones y nunca se sabe, tal vez convenga dejar registrado todo cuanto este hombre múltiple hace o escribe. Se puede, de esta forma, buscar indefinidamente explicaciones para la aparición de este libro. Pero es imposible encontrar razones literarias en torno a *Sombras a mediodía*.

Salvo para los admiradores incondicionales de Jodorowsky, que sin duda los hay, ésta es una obra completamente superflua. • Camilo Marks

